

Diablotexto *Digital*



ÁNGELES MORA: FICCIONES PARA UNA AUTOBIOGRAFÍA.
MADRID, BARTLEBY, 2015, 102 PP.

FRANCISCO DÍAZ DE CASTRO
UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS

Ya desde el título de este libro Ángeles Mora replantea, como crónica íntima y a la vez colectiva, la cuestión central de su escritura y también uno de los asuntos esenciales de la poesía contemporánea: la invención del yo como construcción con palabras de una identidad ficcional para tratar de descubrir alguna forma compartible de verdad personal, inevitablemente fragmentaria y errátil. Entendida también como espacio para el conocimiento de las propias contradicciones, la poesía de Ángeles Mora le ha servido desde el principio como un instrumento privilegiado para establecer el carácter relacional de la intimidad: con los otros, con su tiempo histórico. Ahora, en estas *Ficciones*, Ángeles Mora sitúa nuevamente todos sus temas: memoria y olvido, pasado y presente, la condición femenina y el diálogo amoroso, la evaluación de la Historia a partir de su tiempo vivido.

En los dos poemas de prólogo, “A destiempo” y “Retazos”, Mora establece la borrosa genealogía de su personaje, que nace una nochevieja (“En aquel desajuste/ —todo un presagio— he vivido por siempre”, dice concentrando toda su biografía en ese “desajuste”) y sitúa en “Retazos” el precario papel de la memoria en el ejercicio de reconstrucción fragmentaria del pasado, “difuminando en el papel/ la luz más parecida/ a la imagen real que les dio cuerpo, / historia, biografía”.



Dos citas, una de Góngora y otra de Adrienne Rich, abren “Quién anda aquí”, la primera parte. El primero de los poemas, que le da el título, lanza la pregunta que va a unificar todo el libro: “¿Quién vive aquí conmigo, / pero sin mí, / igual que si una sombra me habitara, / de mujer a mujer, / sin que pueda tocarla, / llenando de preguntas/ mis largas noches sin respuesta?”: búsqueda renovada de identidad de la voz que reconstruye lo cotidiano desde la contradicción de roles de una mujer que prefiere la inquietud de la noche a las imposiciones de las labores diurnas. A lo largo de esta primera parte, la más decididamente abierta a la exploración de una identidad de mujer situada en las contradicciones de nuestro tiempo se expresan sencillamente la denuncia, el sentimiento de culpa, la conciencia de ser nadie y, alternativamente, la rebeldía esencial contra los valores establecidos: “busca dentro de ti/ las luces que más arden”. Aunque la expresión del desasosiego mantiene la tensión a lo largo de toda esta primera parte en poemas como “La soledad del ama de casa”, “Contigo misma” o “Insomnio”, la persecución de esa identidad de mujer que trasciende lo individual cifra en “Sola no estás” una convicción ideológica y una firme esperanza, más allá de las contradicciones del sujeto poético: “No es cuestión de palabras, / es un rumor de fondo/ queriendo aparecer. [...] / Has de saber qué dicen esas voces/ que ya no se conforman, / mujeres que callaron tanto tiempo, / razones que traen luz: / para nunca estar solas.

Con cita de Rosario Castellanos, los poemas de “Emboscadas”, ampliando con nuevos matices la indagación feminista, entretejen la burla de “las viejas servidumbres” con la recuperación de lo vivido como escritura “de algo que no ocurrió tal vez como creemos/ o el tiempo a su manera ya deshizo, / pero aguarda el trazado de las líneas/ para ser otro, / cobrar sentido en un papel cualquiera”. Textos de carácter metapoético en su mayoría, en ellos Ángeles Mora recupera la explicación de sus propias contradicciones. Así, en los dos titulados “Consonancias conmigo en asonante” I y II, se constata tanto la inestabilidad de su sujeto ficcional —“Siempre estás a disgusto con ella, / con la que dentro llevas”— como el carácter histórico de ese sujeto: “mi tragedia/ de chica sentimental de clase media”.



Del yo al nosotros, tonos distintos afloran en la parte central, “Palabras nuestras”, para explorar desde la crónica amorosa la relación dialógica con el tú: “ficciones” necesarias para la (re)construcción de la identidad propia. Unos versos de Emily Dickinson sirven ahora de apertura, en el centro del libro, a los poemas de amor que constituyen otro de los temas centrales en toda la obra de Ángeles Mora. La intensidad de la expresión se vincula, una vez más, a esa fusión de escritura, biografía e historia que sitúa el tema amoroso desde el primero de sus libros. La intimidad sentimental se muestra ocultándose con versos que “alumbran/ la sombra ardiente/ de una conciencia, / aquí, en el fin del mundo:/ sólo para tus ojos”. Si es el amor también el que impulsa la mayoría de los poemas, las evocaciones del pasado, como en “Cumpliendo años”, afirman la continuidad de los días y de las noches de amor: “Brindemos, sin embargo, / cada año por el día del comienzo, / la noche que aún deslumbra”. Los signos culturales instalan en un tiempo concreto el sucederse de esa historia en retazos de intensidad sentimental: películas —*Sólo para tus ojos*, *El caso de Thomas Crown*—, músicas —el bolero *Tú me acostumbraste*, el *standard In the windmills of your mind*—, versos y otras alusiones literarias —William Carlos Williams, Juan Ramón Jiménez, Anne Perry— introducen además unas notas melancólicas en la recuperación de esa historia de amor y deseo a lo largo que clarifica mucho el valor de estas ficciones autobiográficas: “No me duele esta foto con su luz/ con su tarde brillando por mis ojos/ y los tuyos, me duele aquel instante eterno/ que no se fija ni se va, / aquel momento nuestro para siempre: / tú y yo, el río/ y sus aguas revueltas. / El tiempo/ corriendo con el día entrenublado/ y el leve azul del norte”.

Contrastando con los poemas de “Palabras nuestras”, la conciencia del transcurso en “Los instantes del tiempo”, abre otra forma de desasosiego que arrastra toda recuperación de lo vivido como pérdida y también como defensa precaria de lo que sobrevive: “El ayer que me hizo/ no sé dónde está. / El que me deshizo sí: / está aquí, conmigo, / presente todos los días”. Entre la presión en la conciencia de la temporalidad en “Tántalo o el mañana”, la angustia de los sueños inquietos, en “Desamanecer en agosto”, o los oscuros pensamientos desde lo alto de la Alhambra, en “La Alhambra junto a la tarde”, Mora deja otro



espacio a la melancólica alegría de una mujer que juega con su nieto, en “Nubes”, al testimonio de amistad en “Dedicatoria”, a Ángel González, y también a la reafirmación voluntarista entre los brumosos sueños amenazantes: “Suave es la noche/ todavía”.

Lo que sobrevive, lo que afianza moralmente a la protagonista de estas ficciones es, en la magnífica última parte, “El cuarto de afuera”, la relación con los otros en los espacios salvados de la infancia y la dependencia de una Historia que se recupera a partir de la evocación infantil del padre, con su vida deshecha de perdedor en “el silencio de los vencidos” y “la algarada de los vencedores” en un tiempo de posguerra que fecha con precisión estas ficciones autobiográficas.

Enlazando con las evocaciones de *Caligrafía de ayer*, *Contradicciones*, *pájaros* y *Bajo la alfombra*, sus libros últimos, los poemas que cierran *Ficciones para una autobiografía* alcanzan un simbolismo histórico que ya sitúan otras dos citas precisas, la de Ana María Matute —“La infancia dura más que la vida”— y la de Carlos Barral: “Qué oscura gente y qué encogidos vamos”. En un nuevo vaivén entre el pasado y el presente, Ángeles Mora dibuja unas miradas melancólicas a los fragmentos de la memoria en las que reviven los antiguos muchachos con sus juegos, las voces familiares, los aromas y los sabores en tiempos de escasez —“La hora de la merienda”—, el cine de verano, las primeras lecturas, los espacios domésticos, en fin, esos “espacios del tiempo” de que hablaba Juan Carlos Rodríguez en su presentación de este libro: “Pero abro los ojos/ para arrancarlos de su vértigo, / porque hoy he entrado en este hueco de ausencias, / en este viejo patio sobre el patio de ayer/ de mi vida, / y ya no sé por qué es tan dulce el sol/ sobre este joven limonero, / si ahora su luz gastada/ se inclina hacia la noche/ sin nada que alumbrar. / Si he perdido mis años/ y las rojas hogueras ya tiritan, / azules, a lo lejos”.

Cierra el libro “El cuarto de afuera. (Relato en blanco y negro)” un espléndido tríptico narrativo dedicado a la demorada evocación del padre. En sus versos se concentran los signos de un tiempo de posguerra, la tristeza de los vencidos, la mirada esperanzada en el futuro contemplando a los niños e imaginando un futuro mejor: “éramos los niños, / parecíamos el futuro/ en tus ojos cansados”. Ángeles Mora subraya así, en la conclusión de este nuevo libro,



la dimensión histórica de toda su escritura con lo que es a la vez un homenaje al padre y a su tiempo de miseria y las indudables señas de identidad de la protagonista de estas ficciones autobiográficas, rematadas con la versión personal de los versos finales del poema “Biotz beguietan” de Blas de Otero: “Esta es la historia de mi vida, dije/ y tampoco era”.